No sé decirte adiós

Cada despedida aplaza la pregunta de un mañana juntos



Laura Bellini

No sé decirte adiós

Cada despedida aplaza la pregunta de un mañana juntos

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384906125

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 5

Capítulo 1 - Condiciones que no estaban en el plan 13

Capítulo 2 - Entre el proyecto y la confianza 24

Capítulo 3 - Lo que no se ve a primera vista..... 36

Capítulo 4 - Las cosas que no se incluyen en un contrato 47

Capítulo 5 - El derecho a disponer de mi propio tiempo.....61

Capítulo 6 - Un momento que no se puede diseñar..... 70

Capítulo 7 - Después del beso, nada vuelve a ser del todo normal..... 82

Capítulo 8 - Más allá de los marcos 91

Capítulo 9 - Un riesgo que ya no podía aplazarse 104

Capítulo 10 - No solo por un rato..... 115

Capítulo 11 - Una mañana sin cosas por decir.....124

Capítulo 12 - Una fecha que no figuraba en nuestro calendario.....134

Capítulo 13 - No a costa de lo que he construido.....148

Capítulo 14 - Lo que cada uno de nosotros puede perder 158

Capítulo 15 - Una dirección provisional.....169

Capítulo 16 - Un límite que no podía desplazarse 181

Capítulo 17 - La vida que no quería seguir aplazando..... 191

Capítulo 18 - El primer paso hacia un hogar.....201

Capítulo 19 - Un regreso que exige una decisión..... 212
Capítulo 20 - Un mañana compartido 222

INTRO

Aquella tarde, Toruń olía a adoquines mojados, café recién hecho y papel que durante años había conservado historias ajenas. Me gustaban las tardes así. La ciudad parecía ralentizarse después de una jornada entera, las luces se reflejaban en los escaparates y las personas que habían acudido a la exposición contemplaban los carteles durante horas, como si cada uno de ellos pudiera contar algo más que la historia del acontecimiento que, en otro tiempo, había anunciado.

Estaba junto a la entrada de la galería, con una copa de vino blanco en una mano y mi cuaderno de notas bajo el brazo. Tenía cuarenta y un años y ya sabía que algunas cosas había que planificarlas por cuenta propia si quería tener la certeza de que algún día llegarían a suceder. Tener mi propia galería era una de ellas. No la había heredado, nadie me la había regalado y tampoco se la debía a ningún hombre que creyera saber mejor que yo cómo debía dirigir mi vida. La había construido poco a poco, a veces con una obstinación que otros calificaban de exagerada y que yo consideraba simplemente necesaria.

Aquella noche quería celebrar algo más que el éxito de una exposición. Al día siguiente tenía que confirmar las condiciones del nuevo contrato de alquiler. Si todo salía según lo previsto, la galería ganaría espacio para una exposición permanente y un pequeño archivo dedicado al cartel polaco. Por primera vez en mucho tiempo, no tendría que preguntarme si seguiría en el mismo lugar al cabo de un año. No tendría que empezar de nuevo, buscar otro local ni explicarle al propietario del edificio por qué las obras en

papel necesitaban unas condiciones adecuadas de iluminación y humedad.

Tenía un plan. Concreto, razonable y mío.

—Salomea, deberías ver cómo se detiene la gente delante de esta serie -dijo Marta, mi compañera de trabajo, acercándose con una bandeja vacía-. Algunos se quedan varios minutos.

Miré hacia la pared donde estaban expuestos los carteles de los años setenta. Sus colores se habían desvanecido un poco, pero sus composiciones todavía conservaban una audacia que faltaba en muchos diseños contemporáneos.

—Me alegro. No los hemos traído hasta aquí para que alguien pase por delante en tres segundos.

Marta sonrió.

—Sabía que dirías eso.

—Porque es verdad.

Deslicé un dedo por el borde de mi cuaderno. Dentro tenía una lista de asuntos que debía resolver antes de cerrar la galería: comprobar los sistemas de seguridad, recoger unas fotografías del fotógrafo, confirmar la hora de la reunión del día siguiente sobre el contrato y enviar un mensaje a la imprenta. A las nueve quería estar ya en casa. No pensaba volver a quedarme hasta tarde solo porque alguien considerara que la propietaria de una galería debía supervisar personalmente cada copa y cada conversación.

Fue entonces cuando lo vi en la puerta.

Al principio no reconocí su rostro. Primero me fijé en su manera de estar de pie, como si no quisiera estorbar a nadie en el paso, aunque tampoco tuviera intención de retirarse. Llevaba un abrigo oscuro, el cuello de la camisa

desabrochado y aquellos mismos movimientos tranquilos que recordaba de hacía años. Solo cuando levantó la cabeza comprendí quién había venido.

Bolesław Kłos.

Durante unos instantes, la galería se convirtió en un lugar perteneciente a otro tiempo. Desaparecieron las conversaciones, la música y el discreto tintineo de las copas. Solo quedó el hombre al que no veía desde hacía tanto tiempo que había aprendido a acostumbrarme a su ausencia. No lo había olvidado. No era lo mismo.

Tenía cuarenta y seis años. El cabello de sus sienes había empezado a encanecer ligeramente y sus facciones eran ahora más marcadas, pero su mirada seguía siendo la misma. Siempre miraba como si estuviera escuchando antes incluso de que alguien empezara a hablar. Había en él una atención que, años atrás, hacía que me resultara fácil contarle cosas de las que no hablaba con nadie más.

Ahora no estaba segura de poder hacerlo todavía.

Me vio. No levantó la mano para saludarme, no esbozó una sonrisa amplia ni se dirigió inmediatamente hacia mí. Simplemente mantuvo la mirada en mi rostro y después inclinó ligeramente la cabeza. Aquel pequeño gesto resultó más peligroso de lo que debería. No contenía ninguna promesa y, sin embargo, despertó el recuerdo de todas aquellas conversaciones que en otro tiempo nos parecían demasiado importantes como para ponerles fin.

Dejé la copa sobre una mesita cercana.

—No me habías dicho que conocías a Bolesław -comentó Marta, que había seguido mi mirada.

—Lo conozco -respondí.

—Entonces debe de ser alguien importante.

—Lo fue.

No quería que sonara tan frío. Pero tampoco quería que sonara de otra manera.

Bolesław empezó a caminar hacia mí. Por el camino se detuvo frente a uno de los carteles. Inclinó la cabeza para observar la firma del autor y después retrocedió un paso para contemplar la composición completa. Seguía haciendo lo mismo. Primero el detalle, después el conjunto. Era diseñador de libros y podía pasarse horas hablando de las proporciones de los márgenes, los tipos de letra y las razones por las que el espacio en blanco de una página a veces era más importante que el propio texto impreso. Antes solía bromear con él diciéndole que veía el mundo como si fuera una doble página.

Él me respondía que yo lo veía como un cartel, es decir, todo de una sola vez.

—Salomea -dijo cuando llegó hasta mí.

Mi nombre sonó normal en sus labios. Y precisamente por eso me resultó tan difícil responder.

—Bolesław.

Durante unos instantes ninguno de los dos dijo nada. De cerca pude distinguir las pequeñas arrugas junto a sus ojos y una huella de cansancio que no intentaba ocultar. No parecía un hombre que hubiera llegado hasta allí por casualidad. Sostenía una carpeta fina en la mano derecha y una gota de lluvia permanecía sobre el puño de su abrigo.

—Es una exposición preciosa -dijo.

—Gracias. He estado preparándola durante varios meses.

—Lo sé.

Aquellas dos palabras me detuvieron con más eficacia que cualquier pregunta. ¿Cómo lo sabía? ¿Había seguido las noticias de la galería? ¿Se lo había contado alguien? ¿O simplemente había visto el anuncio en internet, como cientos de personas más?

—No esperaba verte aquí -admití.

—Yo tampoco estaba seguro de venir.

—Es una manera bastante peculiar de tomar decisiones.

Una de las comisuras de sus labios se elevó ligeramente.

—Siempre pensaste que debería tomar más decisiones.

—Y tú siempre pensaste que no necesitabas tomar ninguna mientras pudieras dejarte una puerta abierta.

La sonrisa desapareció, pero no apartó la mirada.

—No has cambiado tanto.

—He cambiado lo suficiente como para que no me gusten ese tipo de comentarios.

—Lo tendré en cuenta.

No había ironía en su voz. Más bien algo que podría haber interpretado como cautela. Durante un instante sentí ganas de preguntarle por qué había venido realmente, pero me contuve. No quería darle ventaja solo porque, en otro tiempo, me había conocido mejor que la mayoría de las personas.

—¿Estás de paso por aquí? -pregunté.

Miró la carpeta.

—Esta vez tengo un motivo concreto.

—Entiendo.

No lo entendía. Y tampoco pensaba fingir lo contrario.

Marta apareció a nuestro lado con dos copas. Le entregó una a Bolesław y me dedicó una mirada que prometía una conversación más tarde.

—¿No estoy molestando? -preguntó él.

—Esta es mi galería. Si estuvieras molestando, serías el primero en saberlo.

Se rio suavemente. También recordaba aquel sonido. No porque fuera extraordinario, sino porque siempre aparecía en los momentos en que yo intentaba ser más severa de lo que realmente sentía.

—En ese caso, me quedaré un rato -dijo.

—La exposición estará abierta otras dos horas.

—No estaba preguntando por la exposición.

Lo miré con más atención. Su rostro ya no tenía la despreocupación de antes, pero todavía sabía dejar una frase inacabada de tal manera que uno sintiera la tentación de completar el resto por su cuenta.

—Bolesław, si tienes algo que decirme, puedes decirlo ahora.

Durante un instante pasó el pulgar por el borde de la carpeta.

—Me gustaría hablar contigo de un proyecto. De un álbum.

—¿Un álbum?

—Uno que merezca la pena hacer bien. No se trata solo de reunir imágenes y añadirles unos pies de foto.

Sentí que mi velada acababa de tomar un rumbo distinto. Todavía no sabía si se trataba de una propuesta profesional o de un intento de encontrar una excusa para volver a

verme. No quería hacer conjeturas. Ya me había equivocado demasiadas veces en la vida al confundir las intenciones de otras personas con mis propias esperanzas.

—Mañana tengo una reunión importante -dije-. Y varias decisiones que no pueden esperar.

—No voy a pedirte una respuesta esta noche.

—Mejor.

—Pero me gustaría que al menos escucharas lo que tengo que proponerte.

Miré su carpeta y después a las personas que contemplaban la exposición. Todo lo que me rodeaba seguía funcionando según lo previsto. Los invitados conversaban, Marta se ocupaba del servicio y la iluminación sobre los carteles resaltaba los matices del papel que yo había seleccionado con tanto cuidado. Mi vida no se había detenido al ver aparecer a Bolesław. No pensaba permitir que lo hiciera.

Y, sin embargo, no le pedí que se marchara.

—Mañana por la tarde -decidí-. Una hora. Una conversación sobre el álbum. Sin sorpresas.

—De acuerdo.

—Y no lo interpretes como una promesa de colaboración.

—No lo haré.

Me tendió la mano. Se la estreché, aunque durante aquel breve instante fui consciente de cuánto recordaba todavía de un hombre al que, en realidad, ya apenas conocía en el presente. Su mano estaba caliente, su apretón era tranquilo y no tenía la familiaridad de antaño. No intentó retener la mía ni prolongar aquel gesto.

—Me ha alegrado verte, Salomea.

—A mí también.

Se volvió hacia la salida y yo regresé a la conversación con uno de los invitados. Conseguí responder a dos preguntas sobre el origen de un cartel y recomendar el catálogo de la exposición antes de darme cuenta de que seguía mirando hacia la puerta.

No sabía si su aparición era el comienzo de algo que todavía no podía nombrar o simplemente otro encuentro con un pasado que ya no tenía derecho a decidir sobre mis elecciones. Lo que sí sabía era que al día siguiente, a las tres de la tarde, me sentaría frente a él y escucharía su propuesta sobre el álbum.

Tenía mis propios planes, mi propio espacio y una vida que había aprendido a organizar sin esperar a nadie.

Solo había una pregunta para la que no encontraba respuesta: ¿por qué, cuando Bolesław volvió a aparecer en mi mundo, me resultaba tan difícil aceptar que su presencia pudiera ser únicamente pasajera?

Capítulo 1 - Condiciones que no estaban en el plan

Al día siguiente, a las tres de la tarde, ya estaba sentada en mi despacho, con dos tazas de café sobre la mesa y los documentos relacionados con el nuevo contrato de alquiler cuidadosamente ordenados en una pila. La reunión de la mañana había salido bien. Había conseguido negociar las condiciones que más me importaban, aunque la firma definitiva tendría que esperar a que el abogado revisara algunas cláusulas. Por primera vez en varios meses, podía mirar hacia el futuro de la galería sin tener que calcular cuánto tiempo me quedaba hasta que venciera el contrato actual. Aquella idea debería haber bastado para mantenerme de buen humor durante todo el día.

Sin embargo, cada pocos minutos miraba el reloj.

No era porque estuviera esperando a Bolesław. Al menos, eso era lo que me decía a mí misma. Simplemente quería cerrar el asunto del álbum, conocer los detalles de la propuesta y volver a mis obligaciones. La conversación del día anterior no me comprometía a nada. Una hora, ninguna sorpresa, ninguna promesa. Eran unas condiciones lo bastante claras como para no dejar espacio a interpretaciones innecesarias.

A las tres y tres minutos sonó el timbre de la entrada.

Bolesław apareció en la puerta de mi despacho con una carpeta bajo el brazo y un pequeño paquete de papel en la mano.

—He traído algo para acompañar el café -dijo.

—No habíamos quedado para tomar algo.

—Entonces considéralo un intento de soborno.

—Te advierto desde ahora que soy cara.

—Lo recuerdo.

Dejó el paquete sobre la mesita. Dentro había dos pequeños pasteles de una pastelería local, la misma a la que solíamos ir años atrás, después de pasar largas horas trabajando en nuestros proyectos. No le pregunté si había recordado aquel lugar expresamente o si simplemente lo había encontrado de camino. No quería empezar nuestra reunión hablando de recuerdos.

Le indiqué el sillón situado frente a mi escritorio.

—Tenemos una hora.

—Será suficiente si no hablamos del tiempo.

—No pensaba hacerlo.

Se sentó, sacó varias hojas de la carpeta y las colocó delante de mí. La primera mostraba una doble página de un libro. No era un catálogo de exposición ni un álbum convencional de reproducciones. El proyecto tenía una idea bastante definida: fotografías de gran formato de los carteles, fragmentos de tipografía y textos breves sobre sus autores y las circunstancias en las que habían surgido aquellas obras. En las páginas siguientes encontré una propuesta de división en secciones y un primer diseño provisional de la cubierta.

Por un instante olvidé que tenía sentado enfrente a un hombre con el que apenas el día anterior había intercambiado unas cuantas cortesías cautelosas.

—¿Esto es obra tuya? -pregunté.

—Sí. De momento es solo una propuesta inicial.

Deslicé un dedo por una de las dobles páginas. Había utilizado bastante espacio en blanco, pero no había dejado los carteles abandonados a su suerte. Cada obra tenía espacio suficiente para expresarse y, al mismo tiempo, el texto no parecía un añadido introducido a última hora por un editor.

—Está bien -admití.

—Esperaba una crítica bastante más extensa.

—No confundas mi silencio con la ausencia de observaciones. Primero quiero entender qué es exactamente lo que propones.

—Un álbum sobre el cartel polaco, pero contado a través de las personas y los lugares que lo han conservado. No una enciclopedia ni un repaso de los nombres más importantes. Me gustaría mostrar cómo vivía el cartel fuera del estudio del diseñador. Cómo llegaba a las calles, a los cines, a los teatros, a las viviendas y, más tarde, a las colecciones privadas.

Miré la página siguiente. Allí había una fotografía de un fragmento de un antiguo cartel teatral cuyo colorido conocía muy bien.

—¿De dónde has sacado esto?

—De tu página web. Es una fotografía de la exposición de hace dos años.

—No tienes permiso para utilizar esa obra.

—Lo sé. Por eso solo aparece en la maqueta.

Levanté la mirada.

—Me alegra que al menos lo sepas.

—No he venido a quitarte tus carteles.

—Todo el mundo dice eso hasta que empieza la conversación sobre los derechos de reproducción.

Sonrió, pero no intentó aliviar la tensión con una broma.

—Por eso quiero trabajar contigo y no limitarme a utilizar tu colección. Conoces a personas que llevan décadas conservando estas piezas. Sabes qué historias son verdaderas y cuáles han ido creciendo con los años hasta convertirse en leyendas. Sabes distinguir un cartel que merece la pena mostrar de otro que solo resulta interesante porque alguien lo incluyó en un catálogo.

—¿Y tú sabes convertir todo eso en un libro?

—Eso, precisamente, puedo demostrártelo.

No respondí de inmediato. Pasé las páginas siguientes. Se notaba que se había preparado a conciencia. No se había limitado a reunir unos cuantos ejemplos atractivos. Tenía una primera clasificación temática, una propuesta de formatos para las reproducciones e incluso espacio para incluir breves conversaciones con coleccionistas. Sin embargo, observé que había dejado en blanco la mayoría de los nombres y las fuentes.

—Tienes una idea, pero no tienes el material.

—Tengo una parte del material. Lo que todavía no tengo es una colaboradora que me ayude a decidir qué merece realmente la pena incluir.

—Es decir, quieres que haga la mitad de tu trabajo.

—Quiero que lo hagamos juntos.

—Eso suena mucho mejor en una conversación que en un contrato.

Apoyó los antebrazos sobre las rodillas.

—Podemos pasar directamente al contrato.

Aquello me sorprendió. Esperaba más bien una explicación sobre una visión artística que sirviera para justificar un reparto poco claro de las responsabilidades. Sin embargo, Bolesław sacó otra hoja. Contenía una propuesta de distribución de funciones. Él se encargaría del diseño gráfico, la maquetación y la edición visual. Yo asumiría la selección de las obras, sus descripciones, el contacto con los propietarios y la verificación de la información. En un apartado independiente había señalado que ambos compartiríamos la autoría del concepto.

—¿Por qué compartida? -pregunté.

—Porque sin ti sería otro libro.

—Podría hacerse un libro sin mi ayuda.

—Podría. Pero no sería el libro que quiero hacer.

Lo dijo con tranquilidad. Sin exagerar el cumplido ni intentar halagarme. Precisamente aquella sencillez hacía que me resultara más difícil quitar importancia a sus palabras.

Dejé la hoja sobre la mesa.

—Hay otra cuestión. No quiero que el álbum se convierta en publicidad de la galería.

—No estoy proponiendo un catálogo de tu negocio.

—Tampoco quiero que utilices mis contactos y después firmes todo con tu propio nombre.

—Por eso he incluido la autoría del concepto para los dos.

—De momento.

—Por supuesto. Acordaremos los detalles.

Me acerqué a la ventana. Desde el despacho podía ver una parte de la sala de exposiciones y a las personas que

seguían entrando para contemplar la muestra. En la pared de enfrente colgaba uno de los carteles cuya reproducción acababa de ver en su maqueta. Recordé cuánto tiempo me había llevado convencer al propietario de aquella pieza para que aceptara prestárnosla. No estaba dispuesta a poner en riesgo la confianza de los coleccionistas por un proyecto cuyas reglas todavía no estaban definidas.

—¿De dónde ha salido la idea de este álbum? -pregunté-. ¿Por qué ahora?

Bolesław contempló sus anotaciones durante unos instantes.

—He recibido una propuesta para preparar un concepto editorial. Una pequeña editorial está buscando un proyecto dedicado al cartel polaco. No quieren otra publicación basada en los mismos nombres y las mismas reproducciones. Les interesa algo más personal, pero bien documentado. Tengo tres semanas para presentar una propuesta completa.

—¿Y después?

—Si la aceptan, pasamos a la producción. Tendremos un presupuesto para las reproducciones, la edición y la preparación de los materiales.

—¿Tendremos?

—Si aceptas participar en el proyecto.

Lo observé atentamente.

—¿No has hablado conmigo antes y ya me has incluido en tu propuesta?

—No te he puesto como coautora sin tu consentimiento. He preparado un espacio para tu parte y he indicado que el proyecto necesita una colaboración de carácter curatorial.

—Es decir, todavía no has prometido nada en mi nombre.

—No.

—Bien. No me gusta que nadie decida por mí.

—Eso nunca te ha gustado.

En su voz apareció un matiz de nuestra antigua familiaridad. No lo negué. Me recordaba como una mujer capaz de interrumpir una conversación si alguien intentaba tomar el control sobre ella. Quizá seguía siendo así. La única diferencia era que ahora ya no tenía que demostrarle a nadie que sabía ocuparme de mis propios asuntos.

Regresé al escritorio y me senté.

—Tengo mis propios planes para los próximos meses. La galería va a crecer, tengo un contrato que cerrar y estoy preparando otra exposición. No puedo supeditarlo todo a tu proyecto.

—No espero que lo hagas.

—Necesito un calendario. Fechas, responsabilidades y reglas claras para contactar con los propietarios de las obras. No voy a llamar a la gente para explicarles que al diseñador se le ha ocurrido cambiar de idea en el último momento.

Bolesław asintió.

—Lo entiendo.

—No sé si lo entiendes. Necesito a alguien que esté presente en el trabajo. No solamente cuando le apetezca venir a Toruń.

Guardó silencio durante un momento. Después cerró la carpeta, aunque no la apartó de sí.

—No quiero prometerte algo que quizá no pueda cumplir.

—Es una postura razonable.

—Trabajo en varios lugares. Tengo clientes en distintas ciudades y plazos que a veces cambian. No siempre podré estar aquí.

—Se puede trabajar a distancia.

—Se puede. Pero no quiero fingir que tendré un horario fijo en tu galería.

Comprendí que acabábamos de tocar algo más importante que la organización del trabajo. No había dicho que no quisiera colaborar. Tampoco intentaba convencerme de que todo podría arreglarse de alguna manera. Hablaba de su vida como si su movilidad fuera un hecho que no estaba sujeto a discusión.

—No necesito que estés sentado aquí todos los días -respondí-. Necesito saber cuándo puedo contar contigo.

—Eso puedo organizarlo.

—Y cumplir los plazos.

—Sí.

—Incluso cuando estés en otra ciudad.

—Especialmente entonces.

Lo miré con cierto escepticismo.

—Siempre has sido bueno haciendo promesas.

—Y tú siempre has sido buena comprobando si se cumplen.

—Eso pienso seguir haciéndolo.

Esta vez sonrió abiertamente.

Durante el resto de la reunión hablamos de cuestiones concretas. Acordamos que no utilizaríamos ningún material

sin autorizaciones por escrito y que cada obra sería revisada para comprobar su procedencia y su estado de conservación. Propuse que el álbum no fuera un repaso cronológico de la historia del cartel, sino una narración sobre cómo aquellas obras habían llegado hasta las personas y por qué algunas habían sobrevivido en colecciones privadas. Bolesław recogió inmediatamente la idea y la anotó en el margen de la maqueta.

Me di cuenta de que no me interrumpía mientras hablaba. No intentaba corregir mis expresiones ni introducir sus propias ideas en mitad de mis frases. Escuchaba y después respondía de manera concreta. Cuando señalé que una de las reproducciones estaba demasiado recortada, preguntó inmediatamente si sería posible conseguir una fotografía del original completo.

Aquella era una de las cualidades que siempre había apreciado en él. Sabía recibir una observación ajena no como un ataque a su competencia, sino como una oportunidad para hacer mejor las cosas.

A las cuatro y cinco aparté los documentos.

—Por hoy es suficiente.

—Todavía nos quedan cinco minutos.

—Precisamente por eso digo que es suficiente. No pienso aprovechar cada minuto solo porque lo haya reservado.

Se levantó y comenzó a recoger las hojas. Sin embargo, se detuvo ante una de las dobles páginas.

—Me gustaría que te quedaras con esta.

—¿Para qué?

—Para que puedas valorar el proyecto con calma. No tienes que responder hoy.

—Lo sé.

Me entregó las hojas. Nuestros dedos ni siquiera llegaron a rozarse. Aun así, durante un breve instante fui consciente de lo poco que hacía falta para que una conversación corriente sobre trabajo empezara a parecerse a algo mucho menos seguro.

—Mañana te enviaré una propuesta de calendario -dijo.

—Yo te mandaré una lista de condiciones relacionadas con los materiales y los derechos de reproducción.

—De acuerdo.

Lo acompañé hasta la puerta del despacho. En la sala principal, Marta estaba hablando con dos visitantes. Bolesław se detuvo una vez más delante de uno de los carteles.

—Este es magnífico -comentó.

—Lo sé. Por eso ocupa un lugar central.

—Sigues sin permitir que nadie te convenza para cambiar de opinión.

—Si tiene un buen argumento, lo permito.

—¿Y si solo tiene una sonrisa bonita?

—Entonces tendrá que esforzarse más.

Se rio suavemente.

—Intentaré encontrar buenos argumentos.

Cuando se marchó, me quedé unos instantes junto a la puerta, mirando hacia la calle. No intenté detenerlo. No había ningún motivo para hacerlo. Teníamos que hablar de un proyecto y después decidir si merecía la pena participar en él.

Regresé al despacho y volví a revisar su maqueta. En una de las páginas encontré una pequeña anotación manuscrita: «No todas las cosas que han sobrevivido se salvaron por casualidad».

La leí dos veces.

No sabía si la había escrito pensando en los carteles o en algo completamente distinto. No pensaba preguntárselo.

Lo que sí sabía era que, por primera vez en mucho tiempo, alguien me había propuesto un proyecto que no exigía que renunciara a mis propios planes y que, al mismo tiempo, me parecía lo bastante interesante como para dedicarle una reflexión.

Todavía quedaba por averiguar si Bolesław sabía trabajar con alguien que no estaba dispuesta a adaptar toda su vida a su calendario.

Capítulo 2 - Entre el proyecto y la confianza

A la mañana siguiente llegué a la galería antes de lo habitual. Quería preparar los materiales para Bolesław antes de que apareciera el primer visitante y comprobar si su propuesta seguía pareciéndome igual de interesante a la luz del día. La noche anterior había vuelto a leer la maqueta, había marcado algunos fragmentos y había preparado una lista de preguntas. No había encontrado ninguna razón para rechazar el proyecto, pero eso todavía no significaba que hubiera aceptado colaborar.

Sobre la mesa de la zona de trabajo coloqué tres carteles que podían servir como punto de partida para el álbum. Cada uno representaba una forma diferente de entender la relación entre la imagen y el texto. Uno pertenecía a la colección de la galería, otro me lo había confiado un propietario particular y el tercero llevaba años guardado en el archivo de una familia amiga de uno de los teatros de Toruń. No todos tenían la documentación completa. Precisamente por eso no quería que nadie los fotografiara sin comprobar antes su historia.

Bolesław tenía que llegar a las diez. A las nueve y cincuenta y siete recibí un mensaje.

«Estoy delante de la galería. No quiero entrar hasta que hayas terminado de preparar todo. Avísame cuando pueda pasar».

Lo leí con cierta sorpresa. La mayoría de las personas que acudían a verme por cuestiones profesionales consideraban que tener una cita a una hora determinada les daba derecho